



¿Cuán diferente será el mundo tras la COVID-19?

Seis distinguidos pensadores reflexionan sobre cómo la pandemia ha cambiado el mundo



Daniel Susskind

En marzo de 2020, el rabino Jonathan Sacks, figura destacada del panorama intelectual en el Reino Unido, describió la catástrofe de la COVID-19 como “lo más cerca que hemos estado de una Revelación para los ateos”.

En ese momento, me pareció una comparación acertada, porque recogía el espíritu bíblico de conmoción que muchos sentimos al vernos frente a una crisis tan repentina, intensa y extremadamente acelerada. Sacks señaló que “llevamos más de medio siglo en punto muerto” y, de golpe, “nos vemos obligados a afrontar la fragilidad y la vulnerabilidad de la condición humana”.

Pasados unos meses, la comparación del rabino Sacks con la Revelación sigue siendo pertinente, pero por otro motivo, de mayor peso a la hora de pensar cómo será el mundo tras la COVID-19.

Esta crisis es alarmante, en parte, porque presenta varias características nuevas y desconocidas: una emergencia médica mundial provocada por un virus que no terminamos de entender y una catástrofe

económica autoinfligida como respuesta de política necesaria para contener su propagación.

Y a medida que pasa el tiempo, queda claro que, en gran medida, lo más angustiante de esta crisis no es nada nuevo. La sorprendente variabilidad en cuanto a las infecciones y la evolución de la COVID-19 parece ser el reflejo de las desigualdades económicas existentes. El notable desequilibrio entre el valor social de la labor de los “trabajadores esenciales” y los bajos salarios que reciben se debe a la conocida falla del mercado para valorar adecuadamente lo que realmente importa.

La alegre aceptación de la desinformación y las informaciones falsas era previsible tras una década de crecimiento del populismo y pérdida de confianza en los expertos. Además, la falta de una respuesta internacional bien coordinada no debería sorprender a nadie, puesto que en los últimos años ha reinado la política mundial del “mi país primero”.

Así pues, la crisis es una revelación en un sentido mucho más literal, porque nos hace centrar la atención colectiva en las muchas injusticias y deficiencias que ya existen en nuestro convivir. Si antes la ceguera nos impedía ver estos defectos, ahora es difícil no verlos.

¿Cuán diferente será el mundo tras la COVID-19? Muchos de los problemas a los que nos enfrentaremos en la próxima década serán simplemente una versión más extrema de los que ya nos acechan hoy. Esta vez, el mundo solo cambiará significativamente si, al salir de esta crisis, decidimos tomar medidas para resolver dichos problemas y llevar a cabo una transformación fundamental.

DANIEL SUSSKIND es investigador de temas económicos en el Balliol College de la Universidad de Oxford y autor de *A World Without Work* (“Un mundo sin trabajo”, Allen Lane, 2020).



James Manyika

Es poco probable que el mundo vuelva a ser el mismo tras la COVID-19. Muchas de las tendencias que ya se observan en la economía mundial se ven aceleradas por los efectos de la pandemia.

Este es especialmente el caso de la economía digital, por el auge del comportamiento digital a través del teletrabajo y el teleaprendizaje, la telemedicina y los servicios de distribución. También podrían acelerarse otros cambios estructurales, como la regionalización de las cadenas de suministro y un crecimiento explosivo del flujo transfronterizo de datos.

El futuro del trabajo ha llegado antes, y con él sus retos —muchos de los cuales podrían multiplicarse—,

como la polarización del ingreso, la vulnerabilidad de los trabajadores, el aumento del trabajo temporal y la necesidad de adaptarse a transiciones profesionales. Esta aceleración no solo es el resultado de los avances tecnológicos sino también de nuevas consideraciones en materia de salud y seguridad. Las economías y los mercados de trabajo tardarán en recuperarse, y probablemente resurgirán cambiados.

Con la amplificación de estas tendencias, las realidades de esta crisis han hecho replantear varias creencias, lo cual podría repercutir en las decisiones a largo plazo de la economía y la sociedad. Estos efectos incluyen la actitud frente a la disyuntiva eficiencia-resiliencia, el futuro del capitalismo, la densificación de la actividad económica y las ciudades, la política industrial, la manera de enfocar los problemas que nos afectan a todos y requieren medidas colectivas a nivel mundial —como las pandemias y el cambio climático— o la función de gobiernos e instituciones.

En las dos últimas décadas, en las economías avanzadas, la responsabilidad se ha transferido, en general, de las instituciones a los individuos. No obstante, se están poniendo a prueba los sistemas de salud, muchos de los cuales son deficientes, y se están reconsiderando las ventajas de prestaciones como la licencia por enfermedad y la renta básica universal. Es posible cambiar la forma en que las instituciones apoyan a las personas, con redes de seguridad y un contrato social más inclusivo.

La historia ha demostrado que las decisiones tomadas en tiempos de crisis pueden condicionar el mundo durante décadas. Seguirá siendo esencial tomar medidas colectivas para construir economías que ofrezcan un crecimiento económico inclusivo, prosperidad y seguridad para todos.

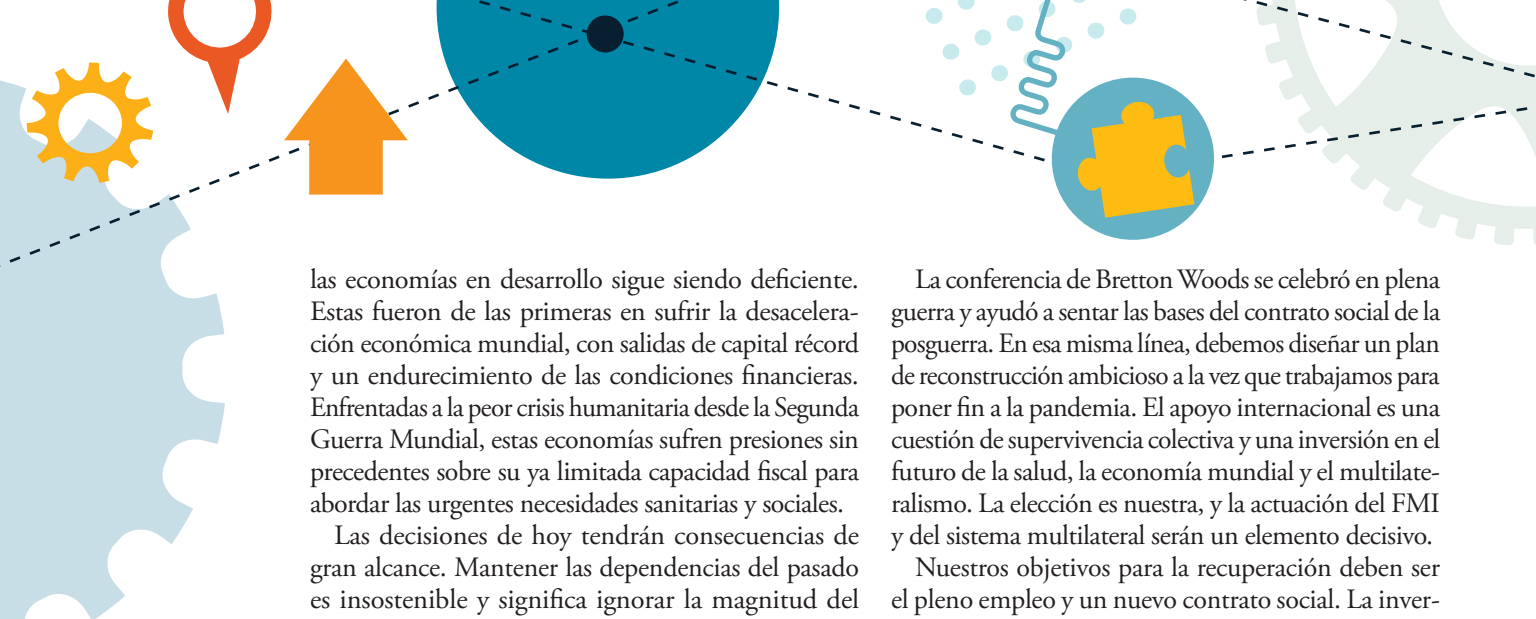
JAMES MANYIKA es Presidente y Director del McKinsey Global Institute.



Jean Saldanha

En *The Pandemic Is a Portal* (“La pandemia como puerta de entrada”), la escritora india Arundhati Roy sostiene que “históricamente, las pandemias han obligado a las personas a romper con el pasado e imaginar un mundo nuevo. Esta no es diferente. Es una puerta de entrada, una pasarela entre un mundo y el siguiente”.

Habrà que cambiar el funcionamiento del multilateralismo para que se adapte a un mundo muy distinto. La pandemia de COVID-19 ha puesto a prueba los límites de la cooperación mundial. En particular, el apoyo a



las economías en desarrollo sigue siendo deficiente. Estas fueron de las primeras en sufrir la desaceleración económica mundial, con salidas de capital récord y un endurecimiento de las condiciones financieras. Enfrentadas a la peor crisis humanitaria desde la Segunda Guerra Mundial, estas economías sufren presiones sin precedentes sobre su ya limitada capacidad fiscal para abordar las urgentes necesidades sanitarias y sociales.

Las decisiones de hoy tendrán consecuencias de gran alcance. Mantener las dependencias del pasado es insostenible y significa ignorar la magnitud del sufrimiento humano provocado por la pandemia.

Un programa de reformas adecuado y liderado por las Naciones Unidas debe incluir al FMI para abordar los problemas estructurales que han llevado a las economías en desarrollo a una situación de vulnerabilidad frente a la deuda. Un programa de esa naturaleza debe alejar el financiamiento para el desarrollo de las reformas favorables al mercado y los incentivos a la inversión privada, y debe renunciar al dogma de la austeridad. Además, los países ricos deben cumplir por fin sus compromisos oficiales de asistencia para el desarrollo.

Por otro lado, deben corregirse los desequilibrios de poder de las instituciones mundiales para reconocer debidamente las necesidades y los derechos de dos tercios de la población mundial que vive en el hemisferio sur.

Si la comunidad internacional no responde con firmeza ahora, la Agenda 2030 y el Acuerdo de París fracasarán estrepitosamente. El nuevo multilateralismo—con un papel destacado para la reforma de las instituciones de Bretton Woods—es necesario ahora, y deberá basarse en una perspectiva del desarrollo centrada en los derechos humanos, la igualdad de género y el cambio climático.

JEAN SALDANHA es Directora de EURODAD, la red europea de deuda y desarrollo.



Sharan Burrow

El mundo que siga a la primera oleada de la COVID-19 deberá ser más inclusivo, resiliente y sostenible. Hoy en día, vivimos en un mundo en el que la desigualdad entre los países y dentro de cada país ha aumentado debido a la carrera destructiva en que están embarcadas las empresas y por la pobreza de gran parte de la fuerza laboral mundial. Demasiados países han sufrido los shocks externos de la COVID-19 sin una protección social universal, sistemas de salud pública robustos, un plan para reducir a cero las emisiones netas de carbono para 2050 o una economía real sostenible con empleos de calidad.

La conferencia de Bretton Woods se celebró en plena guerra y ayudó a sentar las bases del contrato social de la posguerra. En esa misma línea, debemos diseñar un plan de reconstrucción ambicioso a la vez que trabajamos para poner fin a la pandemia. El apoyo internacional es una cuestión de supervivencia colectiva y una inversión en el futuro de la salud, la economía mundial y el multilateralismo. La elección es nuestra, y la actuación del FMI y del sistema multilateral serán un elemento decisivo.

Nuestros objetivos para la recuperación deben ser el pleno empleo y un nuevo contrato social. La inversión pública en economía asistencial, educación e infraestructuras con bajas emisiones de carbono puede constituir el eje del estímulo que reduzca la desigualdad. La política salarial, la negociación colectiva y la regulación del mercado de trabajo pueden reactivar la demanda y el ingreso y poner fin al modelo empresarial que permite a las empresas no asumir ninguna responsabilidad por sus trabajadores.

La deuda debe abordarse mediante un proceso de alivio centrado en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas y un crecimiento duradero en cada uno de los países. La consolidación fiscal, tan corta de miras, obstaculizó la gestión y reducción de la deuda tras la crisis financiera mundial, y nos dejaría aún con menos capacidad para afrontar crisis sanitarias y económicas futuras.

La prosperidad compartida puede ser el fruto del mundo que deje la COVID-19, marcado por una ambición común y la solidaridad mundial.

SHARAN BURROW es Secretaria General de la Confederación Sindical Internacional.



Sergio Rebelo

La huella de la COVID-19 en la economía mundial será duradera: causará cambios permanentes y dejará lecciones importantes.

Es probable que la detección de virus se convierta en parte de nuestra vida, al igual que las medidas de seguridad pasaron a ser omnipresentes después del 11 de septiembre. Es importante invertir en la infraestructura necesaria para detectar futuros brotes virales. Esta inversión protege a las economías en caso de que la inmunidad a la COVID-19 resulte ser solo temporal.

Durante la pandemia muchas economías adoptaron versiones del *Kurzarbeit* de Alemania, una política de subsidios que mantiene a los trabajadores empleados con horarios y salarios reducidos, en la cual el gobierno compensa parte de la diferencia salarial. Al mantenerse intacta

la relación entre empresas y trabajadores, la economía está mejor preparada para recuperarse con rapidez. Es importante mejorar la implementación de estas políticas e incorporarlas de manera permanente como parte de nuestras herramientas de recuperación económica.

Es probable que el teletrabajo sea cada vez más común. Teníamos algunas evidencias de que trabajar desde casa es al menos tan productivo como trabajar en la oficina. Sin embargo, muchas empresas eran reacias a aceptar el teletrabajo. Ahora que muchas lo han probado con buenos resultados, podría pasar a ser una modalidad permanente.

La crisis de la pandemia ha acelerado el ritmo de la transformación digital, con una mayor expansión del comercio electrónico y aceleración del ritmo de adopción de la telemedicina, las videoconferencias, la enseñanza en línea y la tecnología financiera.

Las empresas con cadenas de suministro internacionales se ven ante escasez de productos y trabas al abastecimiento. Es probable que muchas de estas compañías relocalicen su producción. Desafortunadamente, esta tendencia no creará muchos empleos porque es probable que la mayor parte de la producción sea automatizada.

Los gobiernos verán crecer su tamaño después de desempeñar el papel de asegurador e inversionista de última instancia durante la crisis. La deuda pública crecerá exponencialmente, creando desafíos financieros en todo el mundo.

La lección más importante de la pandemia de COVID-19 es la importancia de trabajar juntos para resolver los problemas que afectan a toda la raza humana. Unidos somos mucho más fuertes que divididos.

SERGIO REBELO es profesor de finanzas internacionales en la Kellogg School of Management de Northwestern University.



Ian Bremmer

El orden mundial ya era inestable mucho antes de la crisis de la COVID-19. El coronavirus ha acelerado tres de las principales tendencias geopolíticas que conformarán el próximo orden mundial,

que nos espera al otro lado de la pandemia.

La primera de ellas es la **desglobalización**; las dificultades logísticas que la crisis actual ha sacado a la luz ya muestran un cambio en detrimento de las cadenas mundiales de suministro “justo a tiempo”. No obstante, con el aumento de las dificultades, **el inevitable crecimiento del nacionalismo y de las políticas que ponen al propio país por delante de todo** obligarán a las empresas a aprovechar recursos

locales que favorecen a las cadenas de suministro nacionales y regionales.

La tercera tendencia, el **surgimiento geopolítico de China**, viene gestándose desde hace 30 años. Y aunque China se transformó con éxito en una superpotencia económica y tecnológica, nadie esperaba que se convirtiese en una superpotencia de “poder blando”. Esto puede cambiar con la crisis, si la diplomacia china de este período prosigue y persiste la impresión de que Beijing ha respondido al brote de forma mucho más eficaz que el resto del mundo.

Por supuesto, que parezca que a China le va mejor no significa que sea cierto. Hay motivos para tomar con pinzas las cifras del país. La ocultación inicial del brote, que permitió su propagación por todo el mundo, aumentó todavía más la desconfianza general. Donald Trump y su gobierno están adoptando este discurso como estrategia electoral y para desviar la atención de su propia gestión de la pandemia. China no se quedará de brazos cruzados, y cada vez es más probable que, cuando el mundo salga de la pandemia actual, nos veamos inmersos en una nueva guerra fría, esta vez entre Estados Unidos y China.

Con o sin un nuevo orden mundial, hay cosas que no cambiarán. **FD**

IAN BREMMER es Presidente y Fundador de Eurasia Group.